

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

HISTORIA DE UN MUERTO

CONTADA POR EL MISMO.

POR ALEJANDRO DUMAS

Una mañana, apenas el sueño había huido de mis ojos, entró mi criado en mi dormitorio, entregándome una carta que calificó de *urgente*. En seguida abrió las maderas del balcón, y la hermosa luz de un sol radiante inundó alegremente mi casa.

Me froté los ojos para ver de quién podía ser aquella carta, la examiné y la letra me era completamente desconocida. Después de darla muchas vueltas entre mis manos, rompí el sobre y leí lo siguiente:

«Señor: he leído *Los Tres Mosqueteros*, pues como soy rico, me sobra tiempo para todo.....»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Hé aquí un hombre feliz! murmuré.
Y continué leyendo:

«.....y os confesaré que me ha gustado mucho. Tenia, sin embargo, curiosidad de saber si realmente habeis tomado esa obra de las *Memorias de M. de la Fère*, y con este objeto escribí á uno de mis amigos de Paris, encargándole fuese á la Biblioteca, pidiese esas *Memorias* y me escribiese si, en efecto, os habeis valido de ellas para escribir vuestra obra. Mi amigo, que es un hombre formal, me ha contestado que han sido copiadas por vos palabra por palabra, y que generalmente no haceis otra cosa en vuestras novelas. Os prevengo, pues, caballero, que si eso continúa, todos los suscritores de Carcasona, donde resido, retiraremos nuestros abonos.

«Tengo el honor de saludaros.—***.»

Tiré de la campanilla y acudió mi criado.

—Si vienen hoy mas cartas, le dije, guárdalas donde no las vea y no me las entregues hasta que me encuentre de buen humor.

—¿Los manuscritos tambien, señor?

—¿Y por qué no?

—Es que acaban de traer uno.

—Bueno; no faltaba mas que eso. Ponle en un sitio donde no pueda perderse; pero no me digas qué sitio es ese.

Y lo puso sobre la chimenea, lo que me demostró que decididamente mi criado era un portento de inteligencia.

Eran las diez y media: el dia estaba hermoso, me puse un momento á la ventana, y sentí, como sucede siempre que el tiempo es apacible, el deseo de tomar el aire y el sol. Vestíme, pues, y salí á la calle.

Quiso la casualidad, porque cuando me paseo lo mismo me

da por una calle que por otra, que pasase cerca de la Biblioteca.

Subí y encontré, como siempre, al encargado, que se acercó á mí sonriendo de una manera amabilísima.

—Dadme, le dije, las *Memorias de M. de la Fère*.

Miróme un momento como se mira á un loco, y luego, con la mayor sangre fria, me contestó:

—Demasiado sabeis que no existen, aunque vos sois quien ha dicho que aquí se encuentran.

Saqué del bolsillo la carta que habia recibido de Carcasona y se la dí al buen hombre, que la leyó atentamente.

—Consolaos, me dijo al concluir; no sois el primero que ha venido á pedir las *Memorias de M. de la Fère*: he visto por lo menos treinta personas que no han venido por otra cosa, y deben guardaros algun rencor por haber sido víctimas de vuestro engaño.

Tenia necesidad de hacer una novela, y hallándome en la Biblioteca, donde, segun dicen las gentes, se las encuentra hechas, pedí el catálogo.

Nada encontré en él.

Por la tarde, cuando volví á casa, encontré sobre mi mesa, en medio de mis papeles, el manuscrito que habia mandado ocultar.

Era ya un dia perdido y me decidí á leerlo.

Acompañábale una carta: era, sin duda, el dia de los anónimos; pero aquella carta era mas extraña que la de Carcasona.

Decia así:

«Señor: cuando leais esas páginas, el que las ha escrito habrá desaparecido para siempre. Solo dejo esas hojas de

papel y os las regalo: haced de ellas el uso que mejor os convenga.....

Cogí el cuaderno, y no sé si sería efecto de la oscuridad que empezaba á extenderse, pero la primera línea que leí me hizo estremecer.

Decía así el cuaderno:

HISTORIA DE UN MUERTO

CONTADA POR ÈL MISMO.

Al anochecer de un día de diciembre, tres amigos estábamos reunidos en el estudio de un pintor: hacia un tiempo triste y frío, y la lluvia batía los cristales con un ruido continuado y monótono.

El taller era extenso, y estaba débilmente iluminado por el resplandor del fuego que ardía en la chimenea, en torno de la cual nos habíamos agrupado.

Aunque éramos todos jóvenes y alegres, la conversacion habia tomado, á pesar nuestro y de una manera insensible, el carácter de aquella triste noche, y las palabras gozosas se habian hecho muy raras.

Uno de nosotros agitaba sin cesar la hermosa llama azulada de un ponche, que arrojaba sobre todos los objetos que nos rodeaban una claridad fantástica, y los grandes manequíes, los crucifijos, las bacantes, las *madonas*, parecian moverse y danzar sobre los muros como grandes cadáveres, confundidos en el mismo tono azulado de la llama del rom, que daba á la extensa sala un carácter lúgubre y sepulcral.

Cada vez que la cuchara de plata caía en el bol lleno del licor encendido, los objetos se dibujaban sobre las paredes

con formas extrañas, con tintas indescritibles, desde los viejos profetas con su barba blanca hasta esas caricaturas de que están llenas las paredes de los talleres, y que parecen un ejército de demonios, como los que se ven en una pesadilla. En fin, la atmósfera brumosa y fina del exterior completaba lo fantástico del cuadro.

Añádase á esto que, cada vez que se levantaba aquella claridad momentánea, aparecíamos con un color gris azulado, los ojos fijos y lucientes como carbunclos, los labios pálidos y las piernas cruzadas; pero lo que parecía mas horrible era un vaciado en yeso moldeado sobre el semblante de uno de nuestros amigos, muerto algun tiempo antes, el cual, colocado cerca de la ventana, recibía de lleno los reflejos del ponche, que le daban una fisonomía extraña y aterradora.

Todo el mundo ha experimentado, como nosotros, la influencia de esas salas vastas y tenebrosas, semejantes á las que ha descrito Hoffmann y pintado Rembrandt; todo el mundo ha experimentado, por lo menos una vez, esos miedos sin causa, especie de fiebres espontáneas que se producen á la vista de objetos á que prestan el rayo tembloroso de la luna ó la dudosa luz de una lámpara feras mistericas; todo el mundo, en fin, se ha encontrado en una sala extensa y sombría, al lado de algun amigo, escuchando algun cuento inverosímil, dominado por ese terror secreto que se puede hacer cesar de repente encendiendo una luz ó variando de conversacion, lo que no se hace, sin embargo, obedeciendo á la necesidad que nuestro débil corazon tiene de emociones falsas ó verdaderas.

Estábamos, como he dicho, reunidos tres amigos. La conversacion que no toma jamas una línea recta para llegar á su fin, habia seguido todas las faces de nuestros pensamien-

tos, ora ligera como el humo de nuestros cigarros, ora alegre como la llama de la chimenea, ora sombría y triste como la sombra de aquel vaciado de yeso.

Habíamos llegado á guardar silencio, y era evidente que el primero que lo rompiese causaría en los demás un estremecimiento momentáneo, sumergido como se hallaba cada uno en sombrías reflexiones.

—Enrique, dijo de pronto el que agitaba el ponche, dirigiéndose al pintor; ¿has leído á Hoffmann?

—Sí por cierto, respondió Enrique.

—¿Y qué piensas de él?

—Que es admirable; tanto mas admirable cuanto que escribe creyendo evidentemente lo que escribe. En cuanto á mí, me ha sucedido que, si he leído sus cuentos por la noche, he ido á acostarme con mucha frecuencia sin cerrar el libro y sin atreverme á mirar atrás.

—¿Es decir que amas lo fantástico?

—Mucho.

—¿Y tú? añadió dirigiéndose á mí.

—Tambien.

—Pues voy á contaros una historia fantástica que me ha sucedido.

—No podia concluir esto de otro modo; cuenta.

—¿Y eres tú uno de los personajes? preguntó Enrique.

—Yo mismo.

—Cuenta, pues; estoy dispuesto á creerlo todo.

—Tanto mas euanto que os juro por mi honor que soy el héroe de la historia.

—Pues bien, ya te escuchamos.

Dejó caer la cuchara en el bol; la llama se extinguió poco á poco, y quedamos en una oscuridad completa, teniendo

solamente las piernas iluminadas por el resplandor de la chimenea.

—Una tarde, dijo empezando la historia, hace poco mas de un año, con un tiempo tan malo como el de hoy, volví á mi casa despues de hacer mi última visita, en lugar de ir á los Italianos como tenia de costumbre. Yo vivia en una de las calles mas desiertas del barrio de San German; estaba cansado, habia cerrado la noche y me acosté. Apagué la lámpara, y durante algunos momentos me distraje contemplando el fuego de la chimenea, que hacia bailar fantásticas sombras sobre la colcha de mi lecho. Luego mis ojos se cerraron y me dormí.

Media hora hacia que estaba entregado al sueño, cuando sentí una mano que me sacudia vigorosamente. Desperté sobresaltado y miré con sorpresa al infortunado que me rebaba el descanso: era mi criado.

—Señor, me dijo, levantaos en seguida; vienen á buscaros para asistir á una señora que está en peligro de muerte.

—¿Y dónde vive esa señora? pregunté.

—Casi en frente de esta casa; ademas, el que ha venido á buscaros os guiará.

Salté del lecho y me vestí de cualquier modo, pensando que la hora y las circunstancias harian excusar mi desaliño; tomé mi estuche y seguí al hombre que me esperaba.

Llovía á torrentes.

Por fortuna no tuve mas que atravesar la calle para encontrarme en la casa donde eran necesarios mis servicios, que era un edificio extenso y aristocrático. Atravesé un ancho zaguán, subí algunas escaleras, pasé un vestíbulo donde se encontraban algunos criados, que me esperaban, llegué al piso principal y bien pronto penetré en la cámara de la enferma.

Éra un gran dormitorio decorado con muebles antiguos de madera negra esculpida. Una mujer me introdujo en aquella cámara, donde nadie nos siguió. Había á la derecha un gran lecho de columnas, cubierto con una antigua y rica colcha de seda, y sobre los almohadones ví la mas hermosa cabeza de *Madonna* que jamas pudo soñar Rafael.

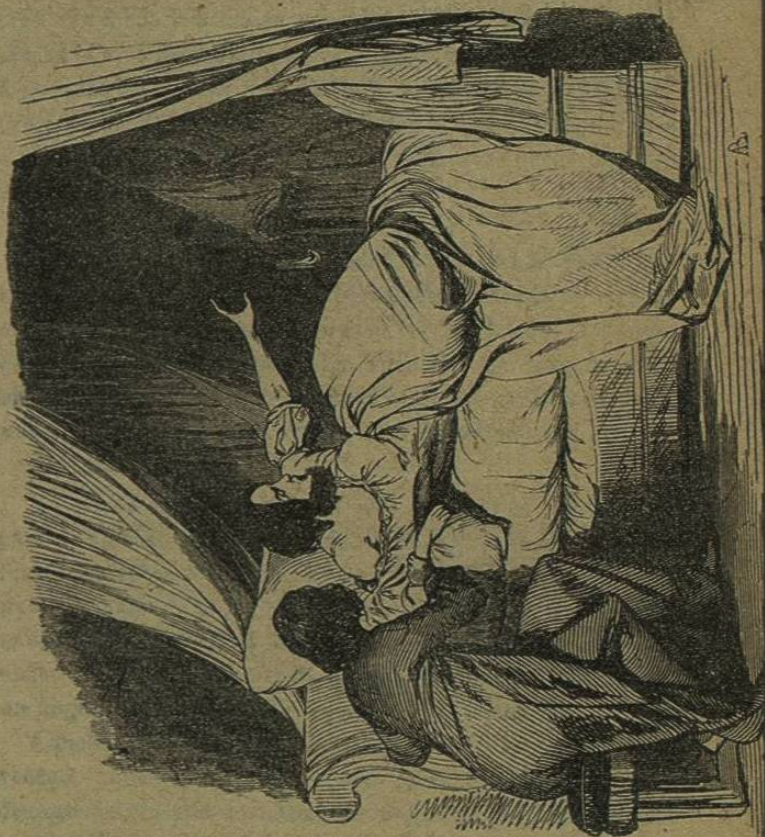
Tenia cabellos dorados como los rayos del sol, que se desbandaban en torno de un rostro angelical. Tenia los ojos medio cerrados, y en su boca entreabierta se veia una doble sarta de perlas. Su cuello era deslumbrante de blancura, y la abertura de su camisa dejaba ver un seno capaz de tentar al mismo San Antonio. Era, en fin, aquella mujer el tipo del ángel cristiano y de la diosa pagana, y todo en ella revelaba la pureza del alma y el fuego de las pasiones. Hubiera podido pasar por la Virgen Santa, á la vez que por una bacante lasciva, volver loco á un sábio y dar la fé á un ateo, y cuando me aproximé á ella y tomé su mano sentí á traves del calor de la fiebre ese perfume misterioso, compuesto de todos los perfumes de las flores, que emana naturalmente de una muger hermosa.

Yo permanecia inmóvil, olvidando el motivo por qué se me había llamado, mirando á aquella criatura como un sér celestial y sin encontrar nada parecido á ella ni en mis recuerdos ni en mis ensueños.

De pronto volvió la cabeza hácia mí, abrió sus grandes ojos azules y me dijo con voz suspirante:

—Sufro mucho.

Sin embargo, su mal era levisimo y solo una sangría bastaba para salvarla. Cogí la lanceta; pero en el momento de ir á tocar aquel brazo tan blanco y tan bello sentí que temblaba mi mano. A pesar de todo, el médico dominó al hom-



bre; abrí la vena, brotó un chorro de sangre, parecida á coral en fusion, y la enferma se desvaneció.

No quise abandonarla y permanecí á su lado. Experimentaba una dicha misteriosa considerando que tenia entre mis manos la vida de aquella mujer; detuve la sangre, abrió poco á poco los ojos, llevó á su pecho la mano que le quedaba libre y se volvió hácia mí, y enviándome una de esas miradas que lo mismo pueden salvar una alma que perderla, dijo suspirando:

—¡Gracias! Ya sufro ménos.

Habia tanta voluptuosidad, tanto amor, tanta pasion en torno de aquella criatura, que permanecia clavado en mi sitio contando los latidos de mi corazon por los latidos del suyo, escuchando su respiracion algo calenturienta todavía y diciéndome que si habia en la tierra algo que pudiera llamarse una emanacion del cielo, era el amor de aquella mujer.

Se quedó dormida.

Yo estaba casi de rodillas al lado de su cama. Una lámpara de alabastro suspendida del techo, arrojaba una claridad fantástica sobre todos los objetos. Me hallaba solo con ella, pues la mujer que me habia introducido habia salido para anunciar que la señora estaba mejor y no tenia necesidad de nadie. En efecto, la enferma dormia, tranquila y bella como un ángel en su sueño. En cuanto á mí, estaba loco.

Aquella hermosura maravillosa, aquella esplendente juventud, aquel dolor sufrido con tanta paciencia, lo que demostraba en ella una alma de ángel, el perfume especial que de ella emanaba, hasta la atmósfera que reinaba en el dormitorio, templada, aromática, podria decirse excitante, habian concluido por marearme.

Sin embargo, yo no podia estar allí toda la noche. Salí,

pues, sin hacer ruido para no despertarla, dejé dispuestos algunos cuidados y dije que volvería á la mañana siguiente.

Cuando regresé á mi casa y volví á acostarme, su recuerdo me acompañó toda la noche. Yo comprendía que el amor de aquella mujer debía ser un encanto eterno; una magia inexplicable de pasiones seductoras; que debía ser púdica como una santa y apasionada como una cortesana, y que después de ocultar al mundo todos los tesoros de su belleza, debía entregarse á su amante desnuda y por entero. En fin, su pensamiento me abrasó durante toda la noche, y cuando llegó el día estaba loco de amor.

Pero después de los insensatos pensamientos de una noche de insomnio, vinieron las reflexiones: medité que tal vez un abismo insondable me separaba de aquella mujer; que era demasiado bella para no tener un amante; que éste debía adorarla hasta el punto de que ella no pudiera olvidarle, y en el fondo de mi alma envidié, sin conocerle, á ese hombre á quien Dios había dado bastante felicidad para que pudiera sufrir, sin quejarse, una eternidad de dolores.

Esperaba con impaciencia la hora en que podría presentarme en su casa, y el tiempo que pasaba me parecía un siglo.

Llegó la hora y partí.

Cuando llegué, me introdujeron en un gabinete de un gusto exquisito, de una elegancia admirable, de una riqueza asombrosa. Estaba sola; una gran túnica de terciopelo negro la envolvía por completo no dejando ver, como las vírgenes del Perugino, mas que las manos y la cabeza. Llevaba en cabestrillo el brazo que la había sangrado, y al verme me tendió la otra mano haciéndome sentar á su lado.

—¡Tan pronto levantada, señora, exclamé; es una imprudencia!

—No, ya estoy fuerte, respondió sonriendo; ¡he dormido bien!.....

—Debeis sufrir, sin embargo.....

—Mas del espíritu que del cuerpo, contestó suspirando.

—¿Teneis pesares, señora? exclamé sorprendido.

—¡Oh! ¡Grandes, profundos! Felizmente Dios es médico también y ha encontrado el gran remedio para estos males: el olvido.

—Pero hay dolores que matan, repliqué.

—Y bien, la muerte ó el olvido, ¿no dan lo mismo? ¿No son la misma cosa? La una es la tumba del cuerpo, el otro el sepulcro del corazón; esto es todo.

—Pero yo no comprendo cómo podéis tener penas, dije; estais demasiado alta para que os alcancen, y los dolores deben pasar bajo vuestros piés como las nubes bajo la bóveda del cielo.

—Os engañais, y eso prueba que toda vuestra ciencia se detiene al llegar á un límite: al corazón.

—Y bien, la dije, tratad de olvidar. Dios permite algunas veces que la alegría suceda al dolor, que la sonrisa siga á las lágrimas, y cuando el corazón es demasiado grande para llenarse con sus propios sentimientos, cuando la herida es demasiado profunda para cerrarse sin socorro, es Dios quien pone al paso del alma que quiere salvar, una alma que la comprende. Sucede entonces que el corazón se llena de nuevo, y la herida se cicatriza.

—¿Y cuál sería vuestro dictámen, doctor, me dijo sonriendo, para curar una de esas heridas?

—Mi dictámen variaría según los enfermos: á unos aconsejaría la fé; á otros aconsejaría el amor.

—Es verdad, repuso: la fé y el amor son los grandes remedios del alma.

Siguió un silencio bastante largo, durante el cual admiré aquel semblante divino, iluminado por la luz del medio día, y aquellos hermosos cabellos de oro que caían en largos y gruesos rizos sobre sus hombros; aquel cuello de cisne de una blancura deslumbradora, pero con ese blanco ardiente que demuestra que, en vez de sangre, corre fuego por las venas; aquellos ojos grandes, rasgados, azules como la inmensidad de los cielos, profundos como el fondo del mar, melancólicos como el crepúsculo de la tarde, en los que alentaba apenas una mirada dolorosa y tristísima; aquella boca de labios coralinos, plegada por una sonrisa llena de dolor, y me dijo que el amor de aquella mujer debía ser al mismo tiempo una felicidad increíble y un tormento insoportable.

La conversacion habia tomado, desde el principio, un giro triste; pero aquella mujer me parecia mas radiante aún que la primera vez, con su triple corona de belleza, de pasión y de dolor. Dios la habia completado por el martirio, y solo faltaba que el sér á quien diera su alma aceptase la doble misión, doblemente santa, de hacerla olvidar el pasado y hacerla esperar el porvenir.

Yo permanecía ante ella, no tan loco como la noche anterior ante su fiebre, pero mas respetuoso ante su resignacion. Si en aquel momento se hubiera entregado á mí, habria caído á sus piés, habria cogido sus manos y habria llorado con ella como con una hermana, respetando al ángel, consolando á la mujer.

Pero, ¿qué era aquel dolor que habia herido su cora-

zon y para el cual no habia otro remedio que el olvido? Lo ignoraba y tenia que adivinarlo, pues si habia entre la enferma y el médico bastante intimidad para que no me ocultase su pesar, no era todavía la necesaria para que me confiase la causa. Sin embargo, yo estaba seguro de que aquel dolor pertenecia al pasado, reflejándose solamente en el presente.

—Doctor, me dijo de repente, ¿podré bailar pronto?

—Sí, señora, le respondí algo sorprendido de aquella transición.

—Es necesario que dé un baile, que mis amigos esperan hace mucho tiempo, continuó; ¿asistireis á él, no es verdad? Debeis formar muy mala opinion de mi dolor, que haciéndome delirar de día no me impide bailar por la noche. Y es que mi sufrimiento es uno de esos que hay que relegar al fondo del corazón, para que el mundo no los conozca; de esos que se ocultan tras una sonrisa para que nadie los adivine: es que quiero guardar para mí sola mis pesares, como otro guardaría sus alegrías. El mundo, que me adula y me envidia, viéndome bella me cree feliz, y no quiero hacerle salir de su error. Al día siguiente lloraré, pero lloraré sola.

Tendíome la mano con una expresion llena de candor y de tristeza y me dijo:

—¿Hasta pronto, verdad?

Llevé aquella mano á mis labios y partí.

Volví á mi casa completamente loco.

Desde mis balcones veia los suyos: todo el día estuve mirándolos, y todo el día permanecieron sombríos y silenciosos. Lo olvidé todo por aquella mujer: no dormía, no comía, por

la noche tuve fiebre, al amanecer me atacó el delirio, y al día siguiente estaba muerto.



—¡Muerto! gritamos todos.

—¡Muerto! repuso nuestro amigo con un acento de convicción que nos dejó helados; ¡muerto como Fabian, cuyo vacío estais viendo!

—Continúa, dije.

La lluvia continuaba batiendo los cristales: echamos leña en la chimenea, cuya llama se reanimó, bebimos algunos tragos de ponche, y el narrador continuó:

—A partir de aquel momento, no sentí mas que una impresión muy fría: fué, sin duda, cuando me pusieron en la fosa.

Ignoro cuánto tiempo hacia que estaba sepultado, cuando oí confusamente una voz que me llamaba por mi nombre.

Temblaba de frío, sin poderme dominar. Algunos momentos después la voz volvió á llamarme; hice un esfuerzo para hablar, pero mis labios, al moverse, tocaron el sudario que me envolvía desde los pies á la cabeza. Sin embargo, pude articular dulcemente estas palabras:

—¿Quién me llama?

—Yo, respondieron.

—¿Y quién eres tú?

—Yo.

Y la voz se debilitaba como si la arrastrara el viento ó como si no fuese mas que un ruido pasajero de las hojas.

Por tercera vez sonó mi nombre en mis oídos, y en seguida oí un ruido de alas, como si ese nombre, pronunciado de pronto en medio del silencio del cementerio, hubiera hecho volar una tropa de pájaros nocturnos.

Llevé las manos á mi rostro, como si las moviera un resorte misterioso; aparté el lienzo que me cubría, y traté de ver. Parecióme que despertaba de un largo sueño y tenía frío.

Un sentimiento de horror se apoderó de mí al ver el paisaje sombrío que me rodeaba: los árboles desprovistos de hojas, extendían dolorosamente sus brazos como grandes esqueletos. Un rayo de la luna, que llegaba á través de anchos nubarrones, me dejaba ver un horizonte tempestuoso, y todos los rumores vagos de la noche, que presidían mi resurrección, me parecían llenos de misterio y de terror.

Volví la cabeza y busqué al que me había llamado: estaba al lado de mi tumba, espionando todos mis movimientos, con la cabeza apoyada entre las manos y dejando ver una sonrisa extraña y una mirada horrible.

Tuve miedo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO REYES"
Adm. 1625 MONTERREY, MEXICO